

"Cataluña no es ni puede ser separatista. La separación material sería la muerte de Cataluña, pues, por ley fatal de gravedad, una Cataluña independiente pasaría a ser muy pronto un departamento francés; y el ejemplo de lo que ocurre a los trozos de Cataluña que están sometidos a Francia, nos enseña a los catalanes lo insensato que sería emprender el camino que nos debiera llevar a tal consecuencia. Pero no sólo hemos de repudiar, como repudiamos, los catalanes, todo propósito de separación material, sino que el simple divorcio moral de Cataluña para con el resto de España es ya un daño considerable y un intento suicida. En una pugna con el resto de España sólo desastres y quebrantos puede cosechar Cataluña; en una franca compenetración ha de obtener Cataluña inmensos beneficios. No hay región en España cuyos intereses estén tan íntimamente ligados con los intereses de toda España como lo están los intereses de Cataluña, pues en la vida industrial de Cataluña repercuten con precisión matemática las bienandanzas y miserias de todas las tierras de España."

Francisco Cambó. Julio 1917 \*.

## Más sobre "Els Altres Catalans"

Julio Cano Lasso.

El artículo de Oriol Bohigas, comentando el libro *Els Altres Catalans*, abre un debate muy interesante, no tanto por el artículo en sí, inferior a mi juicio a otros excelentes de este buen escritor que es nuestro compañero, sino porque plantea un tema que llega a la entraña del país: el problema humano, social y económico de la emigración.

Las decenas de millares de españoles que abandonan todos los años las tierras donde nacieron y los campos donde trabajaron, son como el polvo que arrastra un viento de erosión desde las regiones áridas hacia los oasis de prosperidad económica.

Las corrientes migratorias, cada año en aumento, se dirigen en forma masiva hacia tres áreas de atracción sometidas a una congestión creciente: Madrid, Barcelona y su comarca y la zona Vizcaya-Guipúzcoa, de tal manera que en el último decenio más del 65 por 100 del aumento demográfico de España se concentró en una extensión inferior al 3 por 100 de su superficie.

Los problemas que originan son graves, tanto en las zonas que los reciben como en aquellas que abandonan. De un lado, la congestión, la acumulación de problemas de todo orden, entre ellos el sociológico de la integración en una nueva sociedad. Del otro, la despoblación y empobrecimiento de regiones muy extensas, hasta llegar a niveles críticos, por debajo de los cuales se hace imposible toda forma de vida social.

En el último decenio Cataluña, principalmente Barcelona y su comarca, recibió 440.000 inmigrantes, Madrid 405.000 y Vizcaya-Guipúzcoa 120.000, y en el decenio en curso estas cifras serán superadas con mucho.

En Barcelona, donde la natalidad es baja, el problema es más grave en cifras relativas, ya que los inmigrantes superan en más del doble el aumento vegetativo; en Madrid, cuya natalidad es de las más altas de España, el problema alcanza mayores cifras absolutas.

(\*) "Cambó". Jesús Pabon. 1952. Editorial Alpha.



Este año su ritmo de crecimiento se aproxima a 100.000 personas, y en cinco o seis años rebasará los tres millones de habitantes.

Independientemente de las medidas que deban adoptarse en las zonas críticas donde los emigrantes sufren su suerte y en las áreas rurales, donde su suerte es mucho peor; de la responsabilidad que a cada sector de la sociedad pueda corresponder en la solución de los problemas inmediatos, y sin entrar a analizar los resultados del formidable esfuerzo realizado por el Estado en materia de vivienda, existe la necesidad de profundizar hasta llegar a los orígenes del problema, para ver la forma de actuar sobre ellos con verdadera eficacia, porque si bien "es el corazón el que tiene que sugerirnos los problemas, es el entendimiento el que tiene que resolverlos".

Todos sabemos que las migraciones se producen como consecuencia de la tensión demográfica sobre los recursos económicos. Esta es la causa inmediata que desencadena riadas de hombres; pero está menos clara en qué medida las migraciones son convenientes, inevitables o catastróficas y sus consecuencias en el orden geoeconómico.

Estos cientos de millares de españoles que abandonan el campo, se liberan de una agricultura pobre, a la que se han visto encadenados durante generaciones como una maldición, y de unas condiciones de vida inferiores a las que puede ofrecerles la ciudad, porque, utilizando palabras de Pedro Bidagor, "en la actualidad los verdaderos suburbios de España están en los pueblos alejados donde la vivienda y los servicios sociales y urbanísticos son rudimentarios, agravados por el aislamiento y pobreza del medio económico en que se desenvuelven. Carecen, incluso, de la esperanza de la reacción social que el suburbio levanta en las ciudades como promesa de redención".

Un conjunto de circunstancias, largas de exponer, redujo extensas regiones españolas a vivir de una agricultura para la cual están mal dotadas por la Naturaleza. Gentes en otros tiempos enérgicas y emprendedoras, se han visto reducidas a la impotencia y embrutecimiento por sucesivas generaciones de miseria, como consecuencia del mal empleo de sus energías en una agricultura antieconómica.

Por otra parte, todo desarrollo económico lleva aparejado una reducción paralela de la población agrícola. En España está aún próxima al 40 por 100, mientras que en Estados Unidos poco más del 5 por 100 basta para alimentar al país y producir grandes excedentes. Por ello, a medida que nuestro desarrollo económico avance, el porcentaje de población agrícola se ha de ir reduciendo, de tal manera que hacia fines de este siglo habrá alcanzado cifras próximas a las actuales en Estados Unidos; significa que en un plazo relativamente corto siete octavas partes de la gente que hoy vive de la tierra deberá abandonarla. El campo va a lanzar sobre las ciudades en los próximos treinta y cinco años más de 10 millones de personas.

¿Deben disponerse nuestras grandes ciudades a soportar tan terrible avalancha? ¿Existen otras alternativas? ¿Es posible retener a la población agrícola en sus regiones de origen?

Es fácil comprender que el trasvase de población de unas regiones a otras es inevitable. Su diferente potencia biológica y sus variables coyunturas de desarrollo lo hace necesario; pero también se comprende que la intensidad y concentración actual de las corrientes migratorias rebasa con mucho la medida de lo conveniente, poniendo en peligro el precario equilibrio geoeconómico del país y acentuando los grandes desequilibrios regionales.

Si extendemos la mirada a un futuro de cien años, veremos una población próxima a los 80 millones concentrarse en gigantescas aglomeraciones urbanas en forma de nebulosa (megápolis). Además de las tres principales áreas actuales de atracción, gérmenes de otras tantas megápolis, el desarrollo turístico de la fachada mediterránea habrá dado lugar en nuestras costas a un tramo continuo, "barrio", de la gran ciudad anular que rodeará al Mediterráneo como un lago interior.

Una gran megápolis central, gigantesca nebulosa de 15 a 20 millones de habitantes; otra en la región catalana, con población parecida, englobando docenas de pueblos y ciudades y emitiendo sus tentáculos a lo largo de las costas y hacia el interior por las vías naturales de penetración; una tercera abarcando toda Guipúzcoa y Vizcaya, rebosando y extendiéndose por la llanura de Vitoria y valle superior del Ebro; una ciudad continua desde Algeciras a la frontera francesa, soldando ciudades en un rosario de centenares de kilómetros, y enormes extensiones vacías en el interior. Tal sería, dentro de cien años, la imagen del país abandonado a su evolución actual.

La tendencia a la concentración, estimulada por esa forma de simbiosis que se llama sistema de economías externas, aun cuando sea espontánea, no puede ser aceptada como buena. Sin hablar de los graves inconvenientes de todo orden que plantea una sociedad de masas totalmente desarraigada de la Naturaleza, es sabido que, a partir de ciertos límites, la concentración es cara y exige mayor porcentaje de capital social por unidad de producción.

Frente a estas amenazas, concentración excesiva, migración en masa, crecimiento urbano en nebulosa, megápolis, tejidos congestivos y cancerosos..., existe la posibilidad de un desarrollo estructurado, mediante una adecuada polarización de núcleos, encaminada a la regeneración del tejido urbanístico del país. La rapidez y facilidad de los transportes hace posible estructuras de núcleos polarizados en orden abierto, equivalentes al despliegue de una gran ciudad, con todas sus dotaciones y servicios, sobre un extenso territorio. En una palabra, el crecimiento amorfo y congestivo puede ser sustituido por una estructura ordenada, mediante un adecuado planeamiento.

El camino para alcanzar estos fines, corrigiendo tendencias cada vez más intensas y poderosas, no puede ser otro que una política de asentamientos humanos, basada en una política de localización industrial dirigida, acompañada de un programa de inversiones públicas destinadas a crear la infraestructura necesaria.

Al llegar a este punto se presentan dos preguntas decisivas:

¿Es posible plantear una política de localización industrial dirigida sin pérdida de eficacia de las inversiones? ¿Es la España interior irremediablemente pobre, sin otra alternativa que el abandono?

Desde el punto de vista de sus posibilidades de localización, las industrias pueden dividirse en tres grupos:

- A) Industrias extractivas y de cabecera (ligadas rígidamente a la geografía).
- B) Industrias transformadoras (de gran libertad de localización).
- C) Industrias de consumo y servicios (ligadas a las grandes concentraciones de población y masas consumidoras).

La libertad de localización de las industrias del grupo B) se acrecienta paralelamente al desarrollo técnico, hasta el punto de que muchos sectores se han independizado en absoluto del factor geográfico, viniendo determinada su localización sólo por el binomio técnica-capital. Por otra parte, la importancia relativa de este grupo de industrias también aumenta al compás del desarrollo económico (en un país como Inglaterra alcanza el 30 por 100 de la población activa total, incluida la agricultura y los servicios).

Esto contesta a la primera pregunta. Es decir: existe un amplio grupo de industrias, cada día más numeroso e importante, cuya dependencia del elemento geográfico es mínima y que puede localizarse, por tanto, con un gran margen de libertad sin merma de la eficacia económica. Jugando con este factor, resulta posible, por tanto, plantear la revalorización de extensas áreas de gran potencia biológica, que si bien son pobres en recursos naturales, ofrecen bases suficientes para la localización de industrias transformadoras de alto nivel técnico.

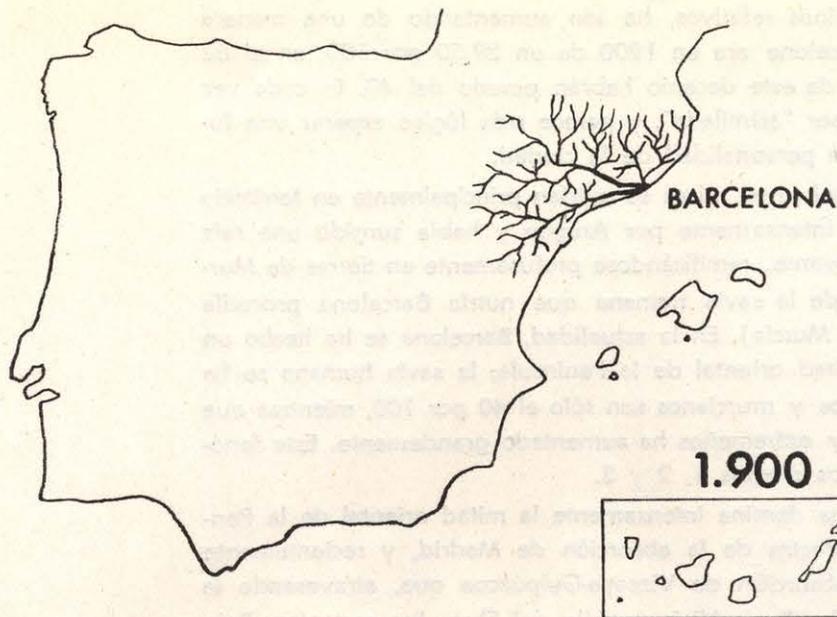
En relación con la segunda pregunta, ya en parte aclarada, es preciso advertir que cualquier criterio de valoración económica de un territorio sólo tiene sentido referido a un determinado nivel de conocimientos técnicos. Por tanto, es variable con el tiempo.

Hace menos de cuatro siglos la costa oriental de los EE. UU., precisamente donde ahora se concentra la mayor riqueza del mundo, era prácticamente inhabitable, según nos describe Cabeza de Vaca, que habiendo naufragado, convivió con los indígenas varios años, pasando terribles calamidades. Para la técnica rudimentaria de aquellas gentes nómadas que vivían en una etapa colectora, aquella era una región rigurosamente pobre.

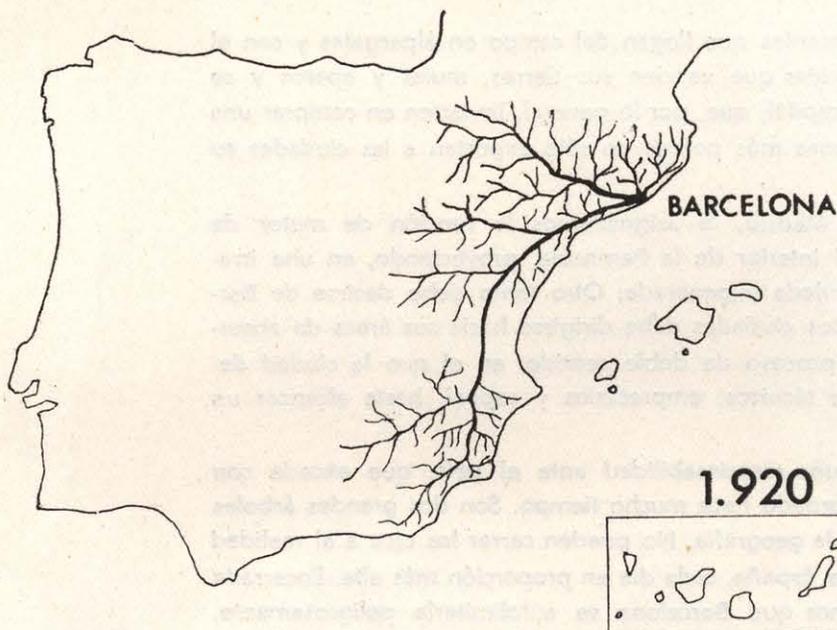
Algo parecido podría decirse de las selvas pantanosas que cubrían la región del Rhur, tierras marginales, donde los romanos no tuvieron el menor interés en establecerse. O de Escandinavia, tierra misteriosa e inhabitable en los confines del mundo.

En el umbral de una nueva era, de una revolución industrial de mucho mayor alcance que las precedentes, al plantear a largo plazo criterios de localización geográfica, hemos de tener muy presente este concepto.

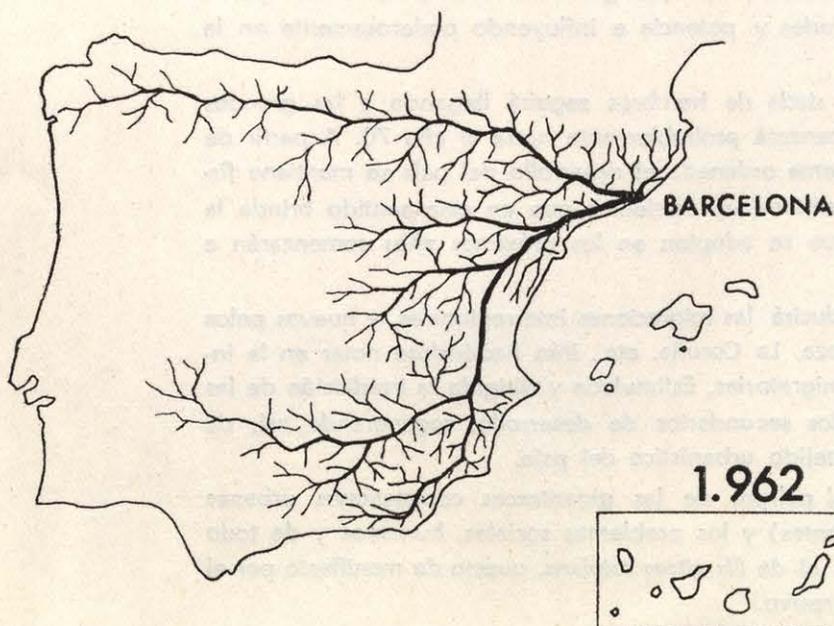
Volvamos a *Els altres catalans*, a esa gran población de Cataluña nacida en otras



Hasta 1900 Barcelona era un árbol cuyas raíces se nutrían principalmente en territorio catalán.



En 1920 se habían extendido intensamente por Aragón y había surgido una raíz muy importante que avanzaba por Levante y se ramificaba profusamente en Murcia.



En la actualidad, Barcelona se ha hecho un gran árbol y sus raíces abarcan la mitad oriental de la Península y se extienden sin cesar.

regiones de España. Su cifra, en términos relativos, ha ido aumentando de una manera continua a lo largo del siglo. En Barcelona era en 1900 de un 29,50 por 100; en el 62 era ya de un 37,23 por 100, y al final de este decenio habrán pasado del 40. Es cada vez más difícil que esa gran masa pueda ser "asimilada", y parece más lógico esperar una fusión que, sin duda, ha de influir en la personalidad de la ciudad.

Hasta 1900, Barcelona era un árbol cuyas raíces se nutrían principalmente en territorio catalán; en 1920 se habían extendido intensamente por Aragón y había surgido una raíz muy importante, que avanzaba por Levante, ramificándose profusamente en tierras de Murcia (en aquellos años un 65 por 100 de la savia humana que nutría Barcelona procedía de Aragón y Levante, principalmente Murcia). En la actualidad, Barcelona se ha hecho un gran árbol y sus raíces abarcan la mitad oriental de la Península; la savia humana se ha diversificado. Los aragoneses, levantinos y murcianos son sólo el 40 por 100, mientras que el número de andaluces, castellanos y extremeños ha aumentado grandemente. Este fenómeno se representa gráficamente en los croquis 1, 2 y 3.

El área de absorción de Barcelona domina intensamente la mitad oriental de la Península. La otra mitad queda bajo los efectos de la absorción de Madrid, y recientemente ha adquirido importancia la zona de absorción de Vizcaya-Guipúzcoa que, atravesando la cordillera, penetra profundamente en Castilla la Vieja y valle del Ebro. Las restantes: Bajo Guadalquivir, Valencia y Zaragoza, constituyen enclaves de pequeña importancia dentro de las anteriores.

Ultimamente, además de los emigrantes que llegan del campo en alpargatas y con el hatillo al hombro, son frecuentes las familias que venden sus tierras, mulas y aperos y se trasladan a la ciudad con su pequeño capital, que, por lo general, invierten en comprar una vivienda. Resulta con ello que las regiones más pobres no sólo exportan a las ciudades su capital humano.

Hace algún tiempo, hablando de Madrid, le asignábamos la función de motor de arranque para la puesta en marcha del interior de la Península, proyectando, en una irradiación intensa, la energía por él acumulada y generada. Otro tanto debe decirse de Barcelona. La irradiación de las dos grandes ciudades debe dirigirse hacia sus áreas de absorción y de influencia, estableciendo un proceso de doble sentido, en el que la ciudad devuelva la savia elaborada, en forma de técnicos, empresarios y capital, hasta alcanzar un conveniente grado de equilibrio.

Las dos grandes ciudades tienen una responsabilidad ante el país, que excede con mucho su propio marco regional, desbordado hace mucho tiempo. Son dos grandes árboles cuyas raíces se entrelazan y cubren toda la geografía. No pueden cerrar los ojos a la realidad de que por ellas circula sangre de toda España, cada día en proporción más alta. Encerrada en sí misma y a la defensiva, entendemos que Barcelona se autolimitaría peligrosamente, dando prueba de senectud y falta de vitalidad al rehuir el reto de la Historia. Por el contrario, su plenitud la alcanzará, sin duda, en la proyección generosa hacia el resto de España, poniendo en juego sus grandes capacidades y potencia e influyendo poderosamente en la futura personalidad española.

Durante las próximas décadas, la riada de hombres seguirá llegando a las grandes ciudades, aun cuando el máximo se alcanzará probablemente hacia el año 70. A partir de entonces, si la voluntad de dirigir en forma ordenada el desarrollo del país se mantiene firme, utilizando inteligentemente las posibilidades crecientes que en este sentido brinda la evolución de la técnica, las medidas que se adopten en los próximos años comenzarán a hacerse sentir.

Un mayor equilibrio regional reducirá las migraciones interregionales, y nuevos polos de atracción: Sevilla, Valladolid, Zaragoza, La Coruña, etc., irán haciéndose notar en la intensidad y dirección de las corrientes migratorias. Estimulada y dirigida la irradiación de las grandes ciudades, se irán creando polos secundarios de desarrollo, regenerando así, de acuerdo con la realidad geográfica, el tejido urbanístico del país.

Por este camino podrá evitarse el peligro de las gigantescas congestiones urbanas (el Madrid de los 20 millones de habitantes) y los problemas sociales, humanos y de todo orden en ellas implícitas, de los cuales el de *Els altres catalans*, puesto de manifiesto por el artículo de Oriol Bohigas, es bien expresivo.